

J. R. DIAZ SANCHEZ-CID, *Justicia, pecado y filiación. Sobre el Comentario de Orígenes a los Romanos*, Estudio Teológico San Ildefonso, Toledo 1991, IX + 354, pp. 16 x 23.

La presente monografía recoge una tesis doctoral defendida en el Institutum Patristicum Augustinianum de Roma, en junio de 1989, y se incluye dentro de una de las líneas de investigación más actuales de la Patrología, la exégesis de los Padres; a su vez, una de las facetas más arduas e interesantes de la exégesis patristica consiste en la recepción de la doctrina paulina. Este libro analiza precisamente el Comentario de Orígenes a los Romanos, la primera obra de este género —el Comentario de textos— dirigida a interpretar el epistolario paulino por parte de un escritor eclesiástico. Aunque existan ya estudios sobre este Comentario, se echaba en falta una monografía que analizara los problemas teológicos de la interpretación origeniana de Romanos.

El trabajo de Díaz está sistematizado con gran rigor. Comienza con una clarificadora Introducción, seguida de varias cuestiones preliminares. Ahí se exponen con detalle las distintas opiniones que desde el Renacimiento hasta hoy en día han sostenido los investigadores acerca de Orígenes de Alejandría, figura ciertamente controvertida a causa de algunas de sus ideas procedentes del platonismo medio y sólo en parte compatibles con la doctrina revelada. Díaz presenta los pasajes paulinos que van a ser de mayor profundización teológica por parte del exegeta y enmarca el pensamiento de éste en la polémica antiherética en que se forjó: marcionitas y valentinianos; por último, comenta los problemas críticos, derivados de la transmisión textual de este Comentario.

El volumen se divide en dos secciones. La primera, titulada «La justicia divina», consta de cinco capítulos: presciencia y predestinación, la justicia divina, el pecado de Adán en sus descendientes, ley y justificación, la justificación por la fe. La segunda sección, titulada «La filiación adoptiva», consta de cuatro capítulos: la filiación divina adoptiva, la dinámica del Espíritu de adopción, el estado de perfección, naturaleza del espíritu en el hombre. Después de unas extensas y profundas conclusiones, se presenta la bibliografía, el índice bíblico y el general.

El autor usa un método preciso para desentrañar las dificultades del vocabulario origeniano. Son altamente clarificadores los esquemas de las páginas 192-3 con que se ilustran las relaciones mutuas de algunos conceptos de Pablo y de Orígenes acerca de la filiación divina adoptiva. En cualquier caso, los términos de contenido teológico son siempre explicados con el debido acierto. Sólo echamos en falta, desde el punto de vista metodológico, el que no se haya tratado la técnica hermenéutica de Orígenes: B. Neuschäfer, *Origenes als Philologe*, 2 Bde., Basel 1987.

En esta monografía se pondera el carácter plenamente antignóstico de la interpretación de Orígenes, si bien su conocimiento de las concretas exégesis gnósticas no es tan exacto como cabía esperar: a veces se le escapan elementos preciosos, les aplica términos imprecisos o confunde matices; otras, parece ignorar glosas que, de conocer, hubieran debido provocar su reacción polémica.

En atención a este carácter polémico se explica el esfuerzo de Orígenes por oponerse al fatalismo de los gnósticos y a la *heimarmene* estoica. Por eso, la predestinación es ante todo elección según el preconocimiento divino del propósito humano; Orígenes no niega la predestinación, pero la hace depender de la presciencia divina de los méritos de cada hombre. El obrar humano es sometido al juicio de Dios; éste es universal y abarca a todo ser racional, pero la condena por el mal no es propiamente paga de Dios, sino autocondena; de este modo intenta salvar la bondad del Juez y la verdad del Juicio, así como salvar el difícil escollo de pasajes paulinos como «vasos de honor y de ignominia» (Rom 9,21) y «la ira de Dios» (Rom 2,5 y 2,8).

La figura de Adán, el hombre por el que entró el pecado en el mundo (Rom 5,12) admite una doble interpretación. En cuanto personaje simbólico se presenta como paradigma de todo ser racional caído en la condición de hombre; en cuanto personaje histórico (*ie.* protoplasto) pasa a ser el medio del que Dios se sirve para proporcionar a las almas, condenadas por un pecado previo a su encarnación, el plasma necesario para su expiación y castigo. Todo el que nace de Adán ha merecido —salvo excepciones— esta generación penosa, que no puede ser inculpable en los que la padecen. El pecado de origen no es, por tanto, el del hombre Adán, sino el de los individuos racionales en un mundo anterior, ahistórico e intemporal, a imitación del Hombre ejemplar, el arconte que cayó de la bienaventuranza.

La firmeza de la Promesa (Rom 4,16) no se hace depender de la Ley mosaica, pero sí de una fe acreditada en el testimonio y robustecida por

la gracia. Para los valentinianos, la salvación de los hombres pneumáticos es firme por depender totalmente de Dios. Orígenes, aun entendiendo que la Ley mosaica es inútil para la justificación, acentúa el valor de las obras poniendo la solidez en una fe perfecta, como la de Abrahán, madurada en la justicia. Orígenes concede a la Ley un protagonismo excesivo: la justicia de Dios se ha manifiestado al margen de la Ley (Rom 3,21) natural, pero no de la mosaica, que da testimonio de Cristo, preserva de la idolatría, remite los pecados, otorga la salud. Su eficacia le viene del Espíritu del Verbo, Mediador salvífico ya antes de su venida en carne. No obstante, acaba reconociendo su impotencia frente al poder diabólico; de ahí que reclame como necesaria la intervención de los profetas y del Salvador.

Para San Pablo, la justificación nos viene de Cristo por medio de la fe (Rom 5, 1s). Según Orígenes, para obtener la justificación basta la *sola fides*, pues al menos una vez —en el caso del buen ladrón— fue suficiente un solo acto de fe. Pero el justificado que obra injustamente desprecia la gracia recibida y pierde la justificación. El acto de fe justificante no es catalogable como una de las obras de Abrahán, puesto que es don que justifica a modo de gracia y no de salario (Rom 4,4s). Orígenes parte de un principio supremo: el hombre es esencialmente receptor; todo cuanto posee lo ha recibido como regalo. El primero de los dones es la existencia misma con su dotación natural. Los dones posteriores serán gracia por depender del primer don. Así, el Alejandrino distingue entre *fides ex homine* o disposición natural, insuficiente para la salvación, y *fides ex Deo* o gracia divina (carisma) que da subsistencia a la primera. Gracia y libertad van juntas, entre otras razones porque en Orígenes la diferencia entre lo natural y lo sobrenatural no es nítida.

En lo referente al tema de la filiación divina, el Alejandrino combate la ideología valentiniana, según la cual hay un título fundamental de filiación: la generación natural, ya sea de Dios Padre (pneumáticos), del Demiurgo (psíquicos) o del diablo (hílicos). Para él, todo ser racional —ángel u hombre— es hijo 'natural' de Dios por creación y, en cuanto tal, está capacitado para llegar a ser hijo positivo de Dios o del diablo según su propia opción. Los que reciben el Espíritu de adopción adquieren la categoría de 'perfectos'. Para los gnósticos, *teleioi* eran los hijos naturales (imperfectos) de Dios que habían recibido la *teleiosis* o perfección mediante la iluminación del Salvador. En Orígenes se aprecia una cierta similitud en el tránsito cualitativo del pneuma que pasa de ser el espíritu (femenino) propio de los imperfectos (*spiritus servitutis*) a ser el espíritu (masculino) propio de los perfectos (*spiritus adoptionis*). La filiación se concibe como un devenir, algo *in fieri*. Cabe distinguir tres situaciones: a) la de la incapacidad

—no imposibilidad— para ser hijos de Dios, anterior a la acogida de Cristo; b) la de la potestad de devenir hijos de Dios, capacidad que se adquiere con la recepción de la Palabra como Luz verdadera; c) la de la posesión en acto de la filiación divina, que implica la superación de la infancia espiritual y de la servidumbre al espíritu de esclavitud. En la primera se sitúan los no creyentes; en la segunda los creyentes simples; y en la tercera los perfectos. El estado de perfección es, para Orígenes, un concepto relativo y dinámico; es una perfección cualitativa perfectible cuantitativamente. La filiación adoptiva es la máxima participación cualitativa del Espíritu Santo, pero Este puede donarse en mayor o menor medida; luego el hijo de Dios es ya perfecto o *teleios*, pero no en manera perfecta e insuperable. El Alejandrino parece, además, influido por sus oponentes, los gnósticos, que distinguían entre el 'bautismo psíquico', para remisión de los pecados, y la 'redención pneumática', con vistas a la perfección de los hijos naturales de Dios.

La vivificación del Pneuma no afecta únicamente al alma; actúa también sobre el cuerpo mortal o corruptible, que es templo del Espíritu Santo. Orígenes distingue una doble resurrección: a) moral o mística, propia del alma y *ex fide*; b) corporal o física, propia del cuerpo e *in carne*; la primera se ha hecho presente en los espirituales; la segunda está aún por llegar; debe esperarse a la Parusía del Señor en gloria. Para los valentinianos, los «cuerpos mortales» de Rom 8,11 son las almas: mortales por separación del pneuma; por tanto, resucitables, pero no corruptibles ni esencialmente materiales. Para Orígenes, también la muerte común es *dialysis*, pero el alma es físicamente inmortal; por tanto, no resucitable. El cuerpo animal no es sólo mortal, sino también corruptible; y, por eso, admite la vestidura de la incorrupción.

Tres aspectos, pues, integran la interpretación origeniana de Romanos: 1º) la idea paulina de la dimensión subjetiva de la economía salvífica —Cristo ha muerto para el que ha muerto con él al pecado y ha resucitado para el que vive la vida nueva de su Espíritu—; 2º) la dimensión platónica del propio Alejandrino; y 3º) la oposición al compacto sistema de sus adversarios, los gnósticos. «Ellos son sus más inmediatos opositores —escribe Díaz— y de ellos ha asimilado ciertas categorías. Su interpretación paulina —en fase de controversia— peca a menudo por exceso o por defecto: frente al determinismo selectivo de los valentinianos, total indeterminación; frente a la doble predestinación, presciencia del propósito humano; frente a la naturaleza, libertad; frente a la doble economía, economía única; frente a lo físico, lo ético; frente a lo pneumático *a natura*, lo pneumático *a uirtute*; frente al poder indiscriminado de Dios, imparcial justicia divina; sin em-

bargo, similares sospechas en torno a la materia, parecida marginación del elemento histórico, común concepción del hombre como ser encerrado en un cuerpo, parcial coincidencia en la salvación como retorno. Son todos puntos de comunión platónica entre el Alejandrino y sus adversarios» (pág. 327).

Por consiguiente, el presente estudio presenta con gran claridad las dificultades que la recepción de San Pablo planteó a la exégesis patrística. Según muestra Díaz, ya desde Orígenes el pensamiento paulino no fue interpretado con plena fidelidad a lo que el propio Pablo quiso expresar en el siglo I, sino que fue encorsetado, sólo parcialmente, dentro de las exigencias de una exégesis, en parte de orientación platónica y sobre todo de carácter antignóstico. Hacer una lectura polémica del Apóstol obliga, aun sin proponérselo explícitamente, a que el exegeta, para defender posiciones ciertamente paulinas, exagere o infravalore otros aspectos de la doctrina del mismo Pablo en aras a obtener una exégesis coherente: puesto que a Orígenes le interesa resaltar el papel de la libertad humana en el proceso de justificación, no pone suficientemente de relieve la predestinación divina, tiende a aminorar los efectos del pecado de Adán en su descendencia y, a la vez, exalta positivamente el papel de la Ley mosaica, que en el pensamiento paulino es presentada como predominantemente negativa.

La exégesis patrística posterior a Orígenes acentuará aún más esta tendencia. Así lo ha mostrado Peter Gorday, *Principles of Patristic Exegesis. Roman 9-11 in Origen, John Chrysostom and Augustine*, New-York and Toronto 1983. Según Gorday, Crisóstomo y Agustín desplazan los capítulos 9-11 de Romanos en la interpretación del contenido teológico de la epístola, mientras que para Orígenes eran aún la pieza clave de la argumentación, lo que hace de Orígenes un comentarista de Pablo muy interesante para la exégesis moderna, más actual incluso que otros Padres posteriores a él. Además, no cabe duda de que, pese a sus deficiencias, Orígenes inicia en la historia de la exégesis cristiana de Pablo un tema que teólogos del siglo II como Ireneo aún no se habían planteado a fondo: el compaginar el aspecto objetivo de la salvación —es decir, el decreto divino del plan salvífico y su realización en Cristo, que recapitula en sí todas las cosas (Eph 1,10)— con el subjetivo —es decir, el alcance de ese plan de salvación a cada hombre y el proceso personal de justificación—. Junto al elemento universal y colectivo del misterio salvífico Orígenes hizo hincapié en su aspecto interior e individual. En este sentido, el Alejandrino comprendió mejor que sus predecesores la hondura de la enseñanza paulina y aportó a la posteridad esta perspectiva hermenéutica, que sin duda enriqueció el avance doctrinal de la Teología entera. Estudios como los de Ernst Dassmann,

*Zum Paulusverständnis in der östlichen Kirche*, en: JbAC 29 (1986) 27-39 y Maria Grazia Mara, *Paolo di Tarso e il suo epistolario. Ricerche storico-esegetiche*, L'Aquila 1983, ilustran desde una perspectiva histórica esta evolución de la exégesis patrística acerca de Pablo.

El libro de Díaz muestra detallada y minuciosamente esta aportación de Orígenes y se constituye así también en una importante aportación a los modernos estudios sobre la recepción del Apóstol Pablo en el pensamiento patrístico.

A. VICIANO

Fernando FERNANDEZ, (coord.), *Estudios sobre la encíclica «Sollicitudo rei socialis»*, Unión Editorial, Madrid, 1990, 700 pp.

A pesar de que el título de la obra empieza con la palabra *Estudios* (en plural), en realidad este volumen es un amplio estudio *unitario* —eso sí, «multi-articulado»— acerca de la encíclica *Sollicitudo rei socialis*. Es fruto de un esfuerzo magníficamente coordinado por Fernando Fernández y realizado por varios miembros de AEDOS (Asociación para el Estudio de la Doctrina Social de la Iglesia), todos ellos profesionales y estudiosos pertenecientes a las más diversas áreas de la ciencia.

La extensión del trabajo (setecientas páginas), *a priori*, podría incitar al lector a una doble tentación: por un lado, sospechar con verosimilitud que no se va a encontrar unidad en el desarrollo del estudio y, por otro, disponerse a realizar tan sólo una lectura parcial y selectiva, en función de sus propios intereses. Sin embargo, basta un mínimo de paciencia para descubrir que las diversidades de procedencia científica de los co-autores y de los respectivos puntos de vista, justamente, son la ventaja y no el inconveniente de este estudio, puesto que la coordinada estrategia que se ha seguido ha dado lugar a un trabajo muy rico en matices, que no son fáciles de descubrir cuando uno permanece encerrado en la visión de su propia parcela científica.

Juan Pablo II ha señalado repetidamente la necesidad de apoyarse también en un *análisis interdisciplinar* a la hora de hacer la «atenta reflexión sobre las complejas realidades de la vida del hombre en la sociedad y en el contexto internacional, a la luz de la fe y de la tradición eclesial» (*Sollicitudo rei socialis*, n° 41). Puesto que la vida es «rica en matices» —y cada vez más— se nos antoja imprescindible el alcance interdisciplinar de la doctrina social de la Iglesia. La interdisciplinariedad no es fácil de con-